

RELACION PROFESOR—ESTUDIANTE

Por Salvador A. Iglesias B.

INTRODUCCION



LURANTE muchos años se creyó que el simple ejercicio profesional capacitaba para la enseñanza. De ahí que un buen matemático era considerado como un docente de matemáticas; un médico de buena reputación profesional, también era tenido por candidato para la docencia en su área profesional; y así también sucedía en cada rama del saber científico, técnico, artístico y cultural.

El maestro así seleccionado tenía su “lectio” teórica de cada día. Alguna vez un alumno exponía una tesis que era objetada luego por otro compañero; en tal caso se recurría, como argumento último, al conocido refugio “Magister dixit”; o a una cita de alguna autoridad en la materia tratada.

La Psicología, como ciencia de la conducta, se ha interesado por el proceso del aprendizaje, que no es sino un determinado cambio de conducta. El estudiante que llega a una Escuela de Odontología cambia su ignorancia total o casi total, por el conocimiento de los instrumentos de masticación tanto sanos como enfermos; más aún, luego logra curar los segundos, y hasta culmina en aprender el difícil arte de extraer las piezas incurables.

En el proceso del aprendizaje del estudiante influyen numerosos elementos, fuera del estudiante, a saber: el profesor, los medios audio visuales, el ambiente, los compañeros, etc. Todos y cada uno de estos

elementos pueden ser positivos o negativos en el proceso del aprendizaje, según contribuyan al mismo o lo obstaculicen.

El Profesor

El profesor universitario es un hombre capaz de transmitir su saber mediante la comunicación oral, la escrita y las ayudas todas que pone a su disposición la Tecnología Educativa moderna.

Naturalmente la condición fundamental del maestro es el dominio de la asignatura que enseña, y la preparación próxima de clase que obliga a renovar conocimientos y a profundizarlos convenientemente. Los elementales instrumentos constituidos por el pizarrón, la tiza y el borrador requieren, hoy por hoy, la pantalla, el aparato de cine, el proyector de vistas fijas, la pantalla del televisor, etc. Todo ese equipo pide a gritos un aula con buena ventilación, buena iluminación, posibilidad de oscurecimiento, aislamiento del ruido exterior y agradable temperatura, tanto en invierno como en verano.

Ahora bien, el que dispone de conocimientos para dar contenido a su enseñanza, posee una metodología adecuada a su área de saber; y domina, en fin, la Tecnología Educativa requerida en sus lecciones, debe querer comunicar aquellos, mediante el recto y oportuno uso de la metodología y la Tecnología educativa. Querer enseñar es condición exigida por la profesión docente.

El que tiene su saber y sus conocimientos para sí solo es un avaro, un egoísta; pero el que los ofrece a los demás, sirve así a sus semejantes, y encuentra, a la vez, nuevas oportunidades de aprender más; porque aumenta el saber cuando se enseña, pues la inteligencia del docente se enriquece con las observaciones e interpretaciones del alumno.

Considerados la aptitud y el deseo de enseñar, se sigue el gozo del docente por el ejercicio de la docencia, en la cual se realiza como persona y se perfecciona como profesional. Pero hay más aún: este tipo de profesor, consciente o inconscientemente, se constituye en un prototipo de maestro, que viene a ser el modelo por excelencia para el educando.

El tipo de maestro modelo es un estímulo constante que mueve al educando a ser más; a alcanzar una mayor eficiencia profesional, a lograr un mayor grado de humanidad, traducido en espíritu de servicio a la sociedad en cuyo seno se está formando.

En el ejercicio profesional del estudiante de ayer hay siempre imágenes motivadoras de los hombres que influyeron con su saber y técnica en su formación, y sobre todo, con su ejemplo constante de profesionales idóneos y de hombría de bien. ¡Los buenos maestros no mueren nunca, porque su recuerdo vive perenne en las mentes de sus alumnos de ayer, de hoy y de siempre!

El profesor, lo hemos visto ya, es un factor importante del aprendizaje cultural, científico o técnico en determinada área; como motivación para el cambio cada vez más radical del educando y, en fin, como modelo viviente de lo que enseña.

El Alumno

La característica fundamental de la comunicación es el diálogo o conversación entre el que ofrece el mensaje y el o los que lo reciben, es decir, entre el profesor y el alumno.

Ya pasó el tiempo en que el alumno era un ente pasivo sometido a una andanada verbal más o menos memorizada; o, a lo más, un vaso comunicante que recibía de otro vaso el mensaje, sin añadir o quitar ni un punto, ni una coma. No, el alumno es un ente racional activo, en proceso de aprendizaje, es decir, de cambio. El recibe el mensaje pero un mensaje vivo, con demostraciones prácticas, con ilustraciones adecuadas, con derecho a cuestionar al docente para que repita, aclare o explique mejor una parte, o la totalidad de su mensaje.

El alumno, al igual que el profesor, tiene que ponerse en disposición de aprender, vale decir, requiere poner su voluntad en acción. Vanos serán todos los esfuerzos del docente si no logra motivar a sus alumnos para que aprendan el mensaje que él ofrece a sus mentes y a su aptitud para adquirir habilidades varias. Donde ha habido aprendizaje ha debido haber un despliegue de voluntad, tanto por parte del maestro como por parte del estudiante.

En más de una de nuestras universidades hay el tipo de estudiante "snob", que está en la universidad para "liberarse" de su hogar, para buscar su media naranja, para hacer labor de agitación política, o, tal vez, para dedicarse al "dulce farniente" que, en nuestra lengua, se traduce llanamente como vagancia. . .

Al llegar a la Universidad el joven no busca simplemente un título que sea una licencia de curso en una profesión lucrativa, sino que anhela, también, identificarse con un modelo que le permita ir seguro por los caminos del diario vivir para luchar por una existencia

digna, humana y hasta con ribetes sobrenaturales.

Cada verdadero maestro influye algo en nuestra personalidad hasta el punto que en la madurez descubrimos las huellas de nuestros maestros en nuestros gestos y mímicas, en nuestras palabras, en nuestras ideas, en nuestras actitudes y hasta en nuestra personal escala de valores. Las ideas, técnicas, costumbres, gustos y caprichos de los maestros de ayer superviven en los que viven hoy para llegar a los que vivirán en un mañana más o menos lejano!

El binomio profesor—alumno se evalúa mutuamente. Los alumnos pasan de un curso a otro la evaluación más de una vez exagerada, pero siempre indicadora del profesor X; como los profesores hacen la evaluación anual o semestral de un curso, más de una vez injusta, pero siempre necesaria para decidir el futuro académico de un estudiante. En sus mutuas evaluaciones se retrata la capacidad o incapacidad pedagógica de unos, y la madurez y equilibrio emocional de otros. En más de una universidad moderna esta evaluación mutua sirve para promover o expulsar temporal o definitivamente al alumno; y en no pocas la situación estudiantil contribuye a mejorar o disminuir el rango académico del docente. “Cum grano salis” deben tomarse ambas evaluaciones como meros indicadores que contribuyen a formar un juicio valorativo de unos y otros en el proceso del aprendizaje.

TIPOS DE RELACIONES ENTRE PROFESORES Y ALUMNOS

La universidad como “comunidad de maestros y estudiantes” se ha convertido en muchas partes, en campo de batalla en el cual luchan encarnizadamente unos y otros por tomar los puestos de decisión de toda la institución, de una facultad, escuela, departamento o simple programa.

Una tradición muy generalizada, inclina a los profesores y hasta a algunas autoridades universitarias a tomar una actitud “paternalista” frente a los estudiantes. Otra considera que lo más acertado es una actitud “represiva” contra los estudiantes.

Por su parte los estudiantes reclaman el co—gobierno en la universidad, pero se reservan el derecho de “presionar” a profesores y autoridades universitarias hasta el punto de someter a unos y otros a la omnímoda voluntad estudiantil.

Todas estas relaciones han sufrido grandes descabros en la vida universitaria. Se impone, pues, una relación de mutuo respeto entre

docentes y estudiantes; y entre éstos y las autoridades.

El orientador natural a nivel universitario es el profesor, quien, como hemos dicho antes, tiene que llegar a ser modelo del estudiante; de él ha de aprender el estudiante, no sólo las costumbres y usos universitarios, sino también las actitudes en el futuro desempeño de su actividad profesional.

El maestro tiene que preparar a su alumno, sin celos profesionales, para entrar en el campo de oferta y demanda profesional del mercado local, regional y nacional, a fin de evitar la fuga de cerebros.

No toco la problemática "machista" y "hembrista" del profesor, porque felizmente los casos son contados. La homosexualidad se ha manifestado en las relaciones individuales de alguno que otro profesor. En general, el prestigio profesional, de una parte y el celo y sensibilidad estudiantil, de otra, han equilibrado las relaciones entre profesores y alumnos.

Creo que el profesor y el alumno, cualquiera que sea el atractivo sexual, tienen que abstenerse de toda relación sexual o amorosa en el recinto universitario. Las manifestaciones normales del afecto existente entre estudiantes y profesores; entre estudiantes entre sí o entre los mismos profesores, deben fomentarse sanamente en la vida universitaria de hoy.

El alumno es la contrapartida del profesor en el proceso del aprendizaje, pero ha de tener una participación activa voluntaria en tal proceso. Esto no obstante, las relaciones profesor—alumno deben desarrollarse en el plano académico y en el de las relaciones humanas regidas por las normas morales y de convivencia existencial.

BIBLIOGRAFIA

- 1.— L. G. Cronbach, *Sicología Educativa*, Editorial Pax—México, México 1, D. F. 1970.
- 2.— R. C. SPRINTHALL Y N. A. SPRINTHALL, *Psicología de la Educación (Psicodidáctica y Psicología evolutiva en sus textos básicos)* Ediciones Morata, S. A. Madrid, 1973.
- 3.— Harry Maddox, *Cómo estudiar, oikos—tau, S. A.— Ediciones Barcelona*, 1973.
- 4.— Francisco Larroyo, *Pedagogía de la Enseñanza Superior (Naturaleza, métodos, organización)* Universidad Autónoma de México, México, 1959.

- 5.- *William Morris, Enseñanza Universitaria (Reforma de sus métodos) Editorial Pax-México, México 1, D. F. 1971.*
- 6.- *Eduardo Martínez Márquez, S. G. Universidad Auténtica, Ediciones Depalma, Buenos Aires, 1972.*
- 7.- *Alberto Moncada, Administración Universitaria (Introducción sistemática a la Enseñanza Superior) I.C.E. de la Universidad Complutense-Instituto de Pedagogía (C.S.I.C.) Fundación Moncada-KAYON. Madrid. 1971.*

SALVADOR IGLESIAS: Doctor en Filosofía por la Universidad Pontificia de Roma, profesor de la UNPHU, asesor de la Rectoría. Dirección particular: Alma Mater No. 2. Santo Domingo.